

Playa de las mujeres sin número

*«Guitarra, alrededor de tu piel,
ato y desato la mía.»*

Miguel Hernández.

É

rased una vez, un paria de semblante triste y mirada soñolienta, las mejillas hundidas (señal indeleble de adolecer una hambruna cierta), estirada la silueta con unos bastos calzones de pana gruesa, y un sayo de algodón, bruñido del uso por vestimenta; flacucho el porte y zambo el andar, taciturno el deambular, y para colmo, empeñado en enmendar su índole adversa de hombre indómito y tenaz. Las infames intransigencias de sus congéneres, que en tiempos anteriores habían deteriorado su buena fama y decoro, le arrastraban hacia esa actitud aviesa que a su modesto entender merecía atenuar.

Por su aspecto desaliñado, se diría un ser abominable, si no fuera porque de la mano llevaba siempre una guitarra corriente y maltrecha, que le confería un cierto aire filantrópico y bienavenido. La tocaba con talento, sí, y le tenía cariño, la voluntad del bienquisto oyente hacía el resto. Con su escaso repertorio de tunante arrepentido, subsistía a trancas y barrancas, sin afligirse ante los contratiempos, que eran muchos, y procurando mantenerse escueto y torvo, ante el desconcierto de la ilustre retahíla de advenedizos que poblaban el lugar. Tenía por auditorio improvisado las calles y plazas, donde turistas o forasteros desembarazados y complacientes,

le ayudaban a sostener una precaria e infeliz dignidad, premiándole con algunas monedas. Un sombrero de palma indiana hacía el avío para recolectar tan venerable limosna; y para acompañar sus patéticas actuaciones, solía despachar algún chiste burlesco y gracioso, que le otorgaba una apariencia de payaso de feria ambulante.

Eran tiempos azarosos, en los que, inmerso en el piélago de una soledad opaca y desafortada, y obligado a vagar de aquí para allá, sin rumbo ni concierto ni nada que se les asemeje, acabaron por dañarle levemente los sesos. Ensimismado por apego a una locura saludable, se desahogaba con su leal y desinteresada compañera de fatigas, a la que, en un alarde de desenfado, no dudó en apodarla «Violeta». Desarrolló el don de hablarle, sin saber ni donde ni cómo, pues en esos desvaríos prevalecía su espontánea inspiración; pero en cierta ocasión, y en tono coloquial, le dijo:

–Oye Violeta, estimada amiga; deseo confesarte el enorme aprecio que te tengo, pues hace ya un lustro que camino desenvuelto por esta persistente penuria, y no oigo por tu parte ni queja ni protesta. Agradezco tu lección de humildad ante mi desventura, y creo que el apoyo sincero y constante que me brindas, en algún acontecer provechoso ha de redundar. Bien sabes que no he cesado de tañerte por mercadillos y romerías, festejos estivales, y alguna que otra serenata a la luz de la luna, que no sólo de vino y pan vive el hombre; y puesto que la

holgazanería acostumbra a venirse de perlas con la pendencia, dos calamidades que no me atañen, Dios me libre, es probable que tu honradez y recato aca- rreen inexorablemente una pizca de buena suerte, que tan vedada me está por ahora. Y como no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista, ya va siendo hora de recomponer esta lamentable fa- cha de pordiosero que ves. Al diablo con zampoñas y chirimbeles, si lo que te cuento es fruto de una ilusión engañosa, y resulta que el paso del tiempo, que es adalid impertérrito y vencedor de pasiones efímeras, lo convierte en una sarta de embustes perversos. Quizá sean elucubraciones ridículas, falta de discernimiento, afección de una pesadilla lóbrega, o gajes de este oficio bajuno y descarado, pero te ruego encarecidamente que resistas, pues presiento que la diosa fortuna, ha de depararme alguna agradable sorpresa para resarcirme de cuitas pasadas.

En estas divagaciones comedidas andaba, cuando se le acercó un perro pequeño y endeble, conto- neándose y moviendo la cola, intuyendo el bene- plácito de nuestro personaje. Y es que, a chucho extraviado, a falta de hueso, no hay músico calle- jero, desdichado y pedigüeño que se le resista; y como la condición perruna es ajena a ropajes fas- tuosos, prebendas, privilegios y demás filigranas, hicieron buenas migas. Pasado este lapso, volvió a entonar su plática de charlatán avisado:

–Como iba diciendo, querida Violeta; demuestras desde hace años una paciencia infinita, que es allá, por el lejano oriente, según parece, madre de muchas virtudes; aquí por lo pronto, esta vida bohemia y descarriada sólo nos trae desengaños, burlas y afrentas, y eso que procuro alejarme de gente autoritaria. Escabullido ando, aliviado de tasas, aranceles e impuestos, pues bonito estoy yo para soportar tan tremenda carga; bastante hago con enfrentarme a la más variopinta audiencia, y sin rechistar, que tanto celo pongo en este ingrato oficio delante de gente populachera, como de alta cuna o insigne alcurnia, como prefieras.

¿Quién sabe por qué andurriales rondaría nuestro vagabundo, fugitivo fortuito de una bulimia deplorable, alebrándose ante los desdenes exabruptos de sus semejantes, para referir a su entrañable guitarra, tan sutil y a la vez disparatado discurso? Por lo pronto, alejado de la fatua pretensión de indagar o averiguar, y menos aún, interpretar los entresijos que rigen las pasiones humanas (labor que con agrado delego a los relevantes filósofos de este siglo); te narraré, benevolente lector, algunos sucesos extraños que oí murmurar a los vecinos más entusiastas del lugar, acerca del fasto provenir de nuestro personaje. Elegí los más entusiastas por dignidad; pensé que, bastante malos augurios le perseguían, como para agravar aún más esta fantástica historia con trufas ajadas y perniciosas. Así que, me sacudo las cazcarrias que entorpecen mi libre albedrío, recobro el aliento para tonificar el

ánimo, templo mi pluma, lo mismo que un sagaz alabardero haría con su lanza, y vuelvo a la carga.

Descansaba el «Rubio», que por mote tenía, en una tórrida tarde de verano a la sombra de un algarrobo, cuando los ladridos del gozque, enhiesto sobre las patas traseras, le despertaron. Avisar de la cercanía del ocaso, momento propicio para emprender el rutinario vaivén, era tarea que el chucho tenía por entonces asignada. Preso de una modorra bochornosa, se incorporó a duras penas, y, a medida que iba despabilando, con gruñidos fingidos, titeretadas y arrumacos por albricias, agradeció al fiel animal su diligencia en la labor desempeñada. El Rubio agarró su guitarra que yacía a su lado, y se acomodó dispuesto a afinarla. Por el horizonte, despuntaban los primeros colores tibios del atardecer, y desde la atalaya, donde arraigaba el algarrobo que le cobijaba, divisó en la lejanía las primeras hordas de paseantes, que se dirigían hacia las fabulosas terrazas de verano del lugar.

Eran instantes sublimes, en los que, abrumado por la incertidumbre y el desasosiego de una vida errante y desatinada, rasgaba las cuerdas de su guitarra en una cadencia de acordes trémulos, como el preludio a una oración. Se sabía solo, se sentía solo y desamparado, insignificante frente a un universo inmarcesible, que tenía que encandilar, con cantigas y melodías obsoletas. Para armarse de valor e ingenio, entabló una vez más con su guitarra, un voluntarioso monólogo aderezado con tropos,

metáforas, y otros condimentos literarios, como cualquier retórico notable:

—Atiende violeta, admirado estoy al ver tanta gente desfilar, me parece que los astros me son favorables, y los vientos contrarios y huracanados han amainado, pues una nueva remesa de turistas acaba de arribar a puerto. Como ya sabes, acostumbran llegar exultantes y rebosantes de vitalidad, candorosos y ligeros de ropa, para broncearse al sol de estas latitudes. Es consabido que en los primeros días de su estancia por estos bellos parajes, son generosos y atentos en extremo, pues este entorno natural los zambulle en un embaimiento tan descomunal, que sonríen ante una piltrafa ataviada con chambergo y laúd, como si formara parte del paisaje. No es que sea descortés ni desagradecido, pues les debo en gran parte mi pobre existencia, y son mi sustento, lo reconozco; pero a todo artista, por muy mediocre que sea, quiere que le valoren en su justa medida, es decir: por su arte. De todos modos, he de aprovechar esta coyuntura, pues hace ya un tiempo que el yantar anda escaqueado, y ya sabes que, crasamente, estos forasteros olvidan ser precavidos, y al cabo de unos días tostándose al sol, terminan achicharrados como gambas al pilpil. Por eso mismo, he de granjearme los ardites de rigor, antes de que merme su buen humor y talante.

Es curioso como refiere nuestro pobre hombre el estado de los turistas, al cabo de su exposición prolongada ante el rey de los astros. Será que la hambruna

orientaba sus alucinaciones hacia términos culinarios, o que esta arenga prolija y adusta rivaliza con el refrán popular, que más o menos dice: A estómago lleno, corazón contento. Lo cierto es que ágil como un lince ibérico en peligro de extinción y con la guitarra a cuestas, pues ya no la soltaría hasta su regreso, se despeñó por un terraplén para atajar el sendero que llevaba al litoral, y donde los flamantes turistas aguardaban con expectación sus siempre imprevisibles actuaciones. El, ya por entonces, amaestrado chucho, se quedaba forzosamente al pie del algarrobo como vigía y guardián de los enseres o pertenencias del Rubio, que consistían en un morral de lona áspera, dentro del que guardaba una muda, los avíos de aseo personal, y algo más supongo.

Por aquel tiempo, solía abordar a los paseantes o tocar por las terrazas de la costa, a expensas de ser rechazado por algunos camareros, que al verle llegar, se echaban las manos a la cabeza o le vociferaban insultos y calumnias perversas. Otros, más diplomáticos, aumentaban el volumen de los altavoces de animación, para inducirle a desistir del intento de buscar la vida en sus fecundos negocios. No todo era tan siniestro, menos mal, según me contaron. Esa tarde anduvo astuto, y burlando la vigilancia de los empleados consiguió introducirse de incógnito entre las mesas, sin que alcanzasen a verle. Fue una ansiada oportunidad que aprovechó al vuelo, para cantar un bolero famoso y emotivo hasta la médula. Cantó con todos sus hierros, y

con tanta franqueza, que conmovió a toda la audiencia. Sería su día de suerte, pues ensalzó a todos los presentes. Se oyeron aplausos y bravos de gratitud para felicitarle por su destreza, y como no, cuchicheos, pues en esto del arte errabundo, no hay quien escape de algún ramalazo compasivo. Al pasar su sombrero de palma indiana por las mesas, y recolectar así su recompensa, correspondía con tímidos saludos y leves reverencias ante las donaciones, que fueron casualmente copiosas, y le auguraban una cena caliente y bien surtida. En ello estaba, cuando uno de los camareros que atónito observaba de reojo el feliz acontecimiento, le llamó a parte y le dijo:

–Rubio (Pues ya le conocían por su apodo en toda la comarca), sé que andas menesteroso y sin techo que te resguarde; como el invierno está al caer, y sus garras de fiera brutal e implacable andan siempre al acecho de cualquier indigente desprevenido, para arrasar con la poca salud que le queda, vengo a proponerte un asunto que quizá venga de perlas a tus necesidades.

–Usted dirá buen hombre.

Le respondió al tiempo que contaba sus monedas sin afán, pues cuando un ser humano toca fondo, hace ya tiempo que de la codicia no queda ni el más imperceptible rastro.

El rubio recelaba de los desconocidos cuando le proponían ayudas desinteresadas. Estaba escaldado

de tanto trajinar entre gente sin escrúpulo, pues por aquel tiempo, era más fácil engañar a un desvalido, que a un poderoso hombre de negocio, aunque no venga aquí al caso; luego por eso, con una mueca disipada en su sonrisa, se resistía creer la liberalidad que, de repente, el empleado hacía gala. Pero la proximidad del invierno, y las aparentes buenas palabras del camarero, le hicieron reflexionar; ya que tenía los huesos molidos de dar tumbos a diestro y siniestro, y el cuerpo tullido por la intemperie o la escarcha matutina. Y como no hay en este mundo criatura valiente, que no se achante ante tanto percance, arrió momentáneamente a un lado su desconfianza, y escuchó atentamente en qué deparaba las supuestas buenas intenciones de su salvador.

—Hay, no muy lejos de este chiringuito o bochinche, una barraca de obra medio abandonada en la que pernocto con un compañero de trabajo. Estamos provisionalmente instalados en ella, esperando mudarnos a alguna fonda, que como sabes, están abarrotadas en temporada alta, y tardará algún tiempo hasta que se liberen habitaciones. Como el barracón es amplio, dispone de un aposento vacío con un catre libre que podrías ocupar mientras la barraca sea nuestra morada, después, Dios dirá. — Dijo el camarero a nuestro hombre.

El Rubio, sosegado por la perspectiva halagüeña de poder pagar las deudas contraídas en una famosa venta del lugar, y donde solía almorzar los

días en que el escaso estipendio no daba ni para un perecedero mendrugo de pan con queso de cabra, vislumbró una esperanzadora salida a su desgracia. Al parecer, en esa conocida venta le fiaban a menudo, y como a buen pagador no le duelen prendas, estaba ansioso por poner sus cuentas al día, para seguir teniendo crédito donde siempre tuvo las puertas abiertas. La honra del hombre pobre se basa en su palabra, si la pierde, su cotización personal baja hasta límites insospechados, y él no estaba para bromas. Así que, miró de frente al camarero y le respondió con buenos modales:

–Me parece que tu invitación es correcta, y agradezco tu generosidad. Tengo la impresión de saber donde se encuentra la barraca de obra que dices, y si mi sentido de la orientación no falla, la sitúo cerca de un hotel magnífico, cuya construcción está interrumpida por motivos medioambientales, y puesto que su cercanía beneficia mis trapicheos (no creo que la actividad del rubio pueda tener otro calificativo), acepto sin paliativos morar en ella, hasta que los astros determinen la duración de mi estancia.

Como puede notarse, la contestación del Rubio fue sincera, y al taimado camarero, rapaz de alto vuelo, pareció agradaarle la decisión de nuestro, por ahora, aprendiz de músico callejero con albergue gratis y cena caliente a la vista. Gato encerrado en la oferta del camarero la había seguro, tan seguro como que, llamarse Corsario de Agua Dulce es

hacer el ridículo. El hotel antes referido en este no menos tremendo cuento, por parte de nuestro personaje, se ubicaba en un paraje natural de dunas y matorral autóctono protegido por las leyes de la comunidad; y los camareros de esta historia, pernoctaban en el barracón a cambio de vigilar la grifería, bañeras de lujo, y demás accesorios que aún quedaban por instalar en el susodicho hotel. Además, el trasiego de arena que por la noche había en el lugar, era motivo de preocupación por parte de los asustadizos empleados, que discurrieron reforzarse con alguien más. Y como el Rubio estaba a tiro, lo camelaron con la facilidad que, considerado lector, acabas de percibir, por si no lo habías intuido en las frases o párrafos que preceden a este breve e ineludible lapsus.

—¡Así es! Has adivinado el emplazamiento de la barraca, y puedes acomodarte en ella cuando desees. Nosotros, sólo regresamos para descansar, al término de nuestra tarea diaria, que es agotadora en extremo, pues trabajamos más horas que las que señala el reloj al cabo del día. —Insistió el camarero. Desmesurado a la hora de disertar sobre las labores del negocio, y en voz baja, para que no le oyeran desde el interior del chiringuito, al tiempo que se despedía del Rubio y reanudaba su tarea.

Satisfecho por el acontecer de la jornada, el Rubio se apresuró en retornar al pie del algarrobo para recoger sus bártulos, y dirigirse hacia la venta, donde reponerse del ajeteo con un exquisito manjar,

era su única pretensión. Así fue como nuestro héroe de poca monta inició un nuevo derrotero, animado ante una nueva perspectiva, y navegando por las aguas turbulentas que anegaban el entorno. Acaso era la única y más noble compostura que el Rubio podía sostener para perseverar en su peregrina singladura, escorado al límite de sus posibilidades, con el timón de la vitalidad averiado, y achicando el agua turbia de las sentinas. Seguir teniendo fe en sus semejantes, era tal vez el modo más honesto de entrever una salida a su pobreza, y mantenerse a flote contra viento y marea.

Todas las noches, al llegar al pie del algarrobo, el chucho solía anticipársele ladrando de júbilo, pero esa noche, el pobre animal no daba señal de vida, y caramba, el abandono sorprendió a nuestro protagonista, que con gritos y silbidos intentó llamarlo o avisarle de su presencia. Buscó por los alrededores, pero nada, sus pesquisas fueron vanas. Con la noche encima, y afligido por la ausencia del animal, el Rubio desistió de cumplir con la obligación de pagar sus deudas, y esa noche ayunó. Sabía que el indefenso chucho estaba también al borde del decaimiento, y claro, escarmentado, decidiría marcharse por su cuenta y riesgo, a buscar mejor vida que la que, un trotamundos podía procurarle. Apenado, pero reacio en admitir su culpabilidad, el Rubio estaba deseoso de ahogar ese revés inoportuno, así que exteriorizó su frustración:

—¿Lo ves Violeta?, como a lo ancho y largo de mi vida, sigues siendo el apoyo más firme y leal que he tenido; ahora que atisbo una luz tenue señalándome la salida del túnel, resulta que no puedo compartir mi alegría con el que fue mi compañero de camino en esta desventura. De todos modos, he de andar precavido, no sé si convivir con estos dos nuevos amigos implicará algún engorro, ya que tanto tiempo viviendo en soledad me ha alterado el carácter, me he vuelto testarudo e insoportable como tú bien sabes. Espero que en este nuevo trecho todo vaya bien, por lo menos, esta noche dormiré en un camastro, y aliviareé este maldito dolor de espalda, que lleva unos días fastidiándome.

Dicho esto, enfundó su guitarra, cargó con su morral, y a paso firme se puso en marcha hacia la barraca de obra, que distaba de allí unas cuantas leguas; así que, no pudo distraerse con el espléndido espectáculo que por esas latitudes ofrecía la inmensidad del orbe. Estaban los dos compinches acomodados cuando llegó el Rubio a la barraca. Le señalaron el catre que tenía asignado, cruzaron unas cuantas palabras banales acerca del alojamiento, y como el Rubio estaba resentido por la pérdida del chucho, no quiso alegar más de la cuenta esa noche para evitar contarles los avatares de su vida, y se acostó temprano. Hacía tiempo que no dormía estirado, y aunque el camastro constaba de unas cuantas tablas encajadas en una litera destartalada, le pareció que reposaría en un tálamo nupcial.

Tal es el deterioro que errar por los caminos de dios inflige a los desafortunados.

Transcurrieron los primeros días en la barraca sin trabas ni sobresaltos, todo iba sobre ruedas, pues las recompensas de los transeúntes eran sobradamente lucrativas. Nuestro héroe cenaba todas las noches en la famosa venta, y su semblante mejoraba a pasos agigantados. Su pinta cambió hasta tal punto que, en una de sus correrías, al cabo del ejercicio periódico, y con los bolsillos atiborrados de monedas, tropezó con dos lindas ninfas finlandesas, a las que deslumbró con sambas y ritmos tropicales. Fueron tan afectuosas que se encapricharon con él. Acostumbraban secuestrarlo hasta las horas puras e idílicas del alba, para formar un trío de cuerdas íntimo y pasional; así que regresaba a la barraca achispado y canturreando canciones de ultramar, feliz como un zorro polar en época de celo. Anduvo sagaz con las mozas, no les dijo jamás donde residía, pues se hacía pasar por un distinguido músico brasileño de gira por la comarca. Con tal de no levantar sospechas acerca de su verdadera ocupación, era capaz de imitar como nadie, a los más prestigiosos intérpretes de Bossanova. Anduvo ladino por exigencia del guión, pues si las mozas fisgasen hasta comprobar que pernoctaba en una chabola deslucida con más agujeros que un colador, le hubiesen dado calabaza para componer dos calderos repletos de potaje canario. Componer en el sentido culinario, se entiende, pues confundir puede, el embrollo musical, el tema que

nos trae. Pero a veces, así es la vida, indolente ante la cruda realidad.

El Rubio se despertaba pasado el mediodía, el astro rey en su cenit, y acudía a una playa próxima para bañarse, refrescarse, y despabilar; desayunaba frutas tropicales, charlaba con los turistas desenfadados que rondaban por las cercanías y, bajo una sombrilla, se echaba una siesta para reponerse del zarandeo nocturno. Los lugareños no me contaron el tiempo que duró el entretenimiento con las dos mozas finlandesas, sólo sé que el trajín del Rubio no agradó a los dos compadres de la barraca, que veían como disfrutaba del ambiente placentero del paraje natural, y se desentendía por completo del acontecer en la choza. Por lo visto, pretendían que fuera más atento con ellos, o que les sirviera de niñera, lo cierto es que, ofendidos por el desparpajo del Rubio, una noche le esperaron desvelados y ebrios como cubas, para llamarle la atención o recriminarle por su proceder. Al llegar, nuestro héroe de pacotillas, no reparó en el ánimo hostil de los dos compinches, pues como casi todas las noches, volvía risueño y resuelto ante la inaudita perspectiva, que su existencia trazaba en aquellos días memorables. Por lo tanto, descorchó una de las botellas de vino tinto que solía aportar y compartir con sus anfitriones, a cambio de la voluble hospitalidad que le brindaban, y echó un trago a pecho descubierto.

Fue una deflagración. Tanto duró la espera, o tanta era la saña y envidia que los dos mequetrefes atesoraban, pues todavía hoy, creo que no podían tener motivo fundado para arremeter con palabras tan viles y argumentos tan falaces contra nuestro protagonista; que vociferaron los dos a la vez una sarta de calumnias tan ofensivas, que comprensivo lector, para preservar tus tímpanos o más bien tu vista, que Dios guarde por mucho tiempo, aguda o de largo alcance, y no exacerbar el indulgente talante que demuestras, si has llegado a este punto del relato, te evitaré el fastidio de leer sendas diatribas, y solo referiré una. Allá va:

—¡Carajo! Rubio, eres la persona más vaga que he conocido, sólo apareces por aquí a dormir, y a la hora que te viene en gana. Hemos pensado, mejor dicho, hemos acordado y por ende dictaminado, que no te queremos más aquí. Te ofrecí alojamiento para que nos correspondieses con algunos detalles. Por ejemplo: que limpiaras el barracón, ordenaras nuestros enseres, lavaras nuestra ropa, te encargaras de adquirir provisiones, vigilaras a los ladrones que por los alrededores del hotel arramblan con la arena, e incluso muchas tareas más que ahora no se me ocurren, pero seguro que si aguzo la meolla, saco a relucir mil y una más.

El Rubio no se achantó ante ese discurso malicioso. Para imponer el respeto que se merecía, y que los dos compinches pretendían avasallar, les replicó:

—Sois unos carcamanes, bebéis del vino que traigo para envalentonaros pues. Podéis ponerlos duros o a diez pesetas, porque no acostumbro ni pienso cambiar mi forma de vivir, soy como todo hijo de buena sangre, libre de hacer lo que me place. Ni que esta desbaratada cabaña fuera el Taj Mahal, y vosotros unos califas de excursión por estas islas afortunadas. Quedaros con vuestra barraca inmunda, que yo sabré andar sin miedo en mi soledad; y con esta botella de vino, de la cual no pienso ofrecer ni el más ínfimo sorbo, me marcharé para no regresar nunca más.

No se levantó de su asiento porque no llegó a sentarse, y desde el acaecer de la conversa y disputa, hasta sus postrimerías, se mantuvo de pie y firme, con la botella en la mano, por si se presentase el caso que los dos compadres, embravecidos por la embriaguez, osaran enfrentarse con él. El Rubio estaba dispuesto a arrear un botellazo al primero de los dos que se propasase, y del otro, daría buena cuenta con sus manos, pues ya daba síntomas de estar envenenado de rabia contra los dos mentecatos. El Rubio procuraba, siempre que podía, evitar altercados, pero cuando se sentía con razón ante patrañas y despropósitos, no había nada ni nadie en este bien o malaventurado mundo (según se determine), que pudiese frenarlo. Se enfrascaba en la lucha con una fiereza denodada hasta reventar a sus adversarios, o que sus adversarios le reventasen a él, le daba igual. En este caso no ocurrió nada, menos mal, y se marchó de allí, por supuesto sin

despedirse, y con rumbo hacia lo desconocido, como tantas otras veces. Alejado ya del barracón, oía todavía la miscelánea de disparates e insultos que los camareros vociferaban, y a los que hizo oídos sordos, pues jamás sintió el más mínimo rencor hacia sus semejantes. Pensaría que, con vilipendiar las invectivas despiadadas de los dos compinches, mitigaría su exasperación.

A su mente, mientras caminaba en la oscuridad de la noche, volvía el recuerdo afectuoso y cariñoso de las dos mozas finlandesas, que por vía aérea regresaban esa misma madrugada a sus gélidas tierras. Antes de separarse, las muchachas le narraron que, el manto blanco de nieve en polvo que cubría los campos por aquellas latitudes lejanas, era el abrigo que resguardaba la maravilla de una naturaleza plagada de ensoñadoras leyendas y fábulas concupiscentes. Su país era, por lo visto, una joya entre las joyas donde el sol no caldea, pero templaba lo justo para percibir que la vida es delicada y efímera, como una hebra de seda escurridiza que se desliza entre los dedos sin que podamos retenerla. Como una caricia, su roce advierte que sólo las ánimas receptivas y augustas pueden concretar sus ilusiones. De nada vale enzarzarse en pensamientos inocuos o retorcidos, cuando lo natural destaca por su integridad y sencillez. En ningún caso la vida debe ser, un bastión para hostigar a los indefensos, defender convicciones erróneas, exculpar privilegios vetustos, y propugnar injusticias. Tal vez, algún día, realizaría

lo que esas palabras insinuaban; por ahora se veía otra vez dando tumbos por un mar de dudas acerca de su futuro, una vez más a cielo raso, y cavilando donde pasar lo que quedaba de noche, fría y húmeda, como una acerba bruja confabulada con el diablo, se diría metafóricamente, claro está.

No existe camino sin encrucijadas, y recorrerlo solo y abatido, es a veces tan arduo, que reconocer sus trampas y límites, o rendirse ante sus misterios, no es darse por vencido de antemano, es sólo aceptar la vida con la humildad precisa para descifrar sus enigmas, y evadirse del laberinto lo más casto y resolutivo que se pueda. Contar dónde el Rubio pasó la noche, no aporta ninguna moraleja a este relato, solo sé que al despertarse se dirigió hacia un lugar llamado «Montaña de arena», cargado con una garrafa de agua, el morral y su guitarra. El sol apretaba de lo lindo, y el paraje árido por el que deambulaba, era capaz de dismantelar cualquier emoción que hiciese latir su ya desolado corazón. No obstante, y debido al tesón del que hacía gala, superó ese delicado trance y alcanzó la cumbre de la duna de arena que en esa mañana de calina había divisado a lo lejos.

Campos de hortalizas, cercados con empalizadas artesanales, cañizos ordenados en hileras que resguardaban los cultivos, y, esparcidas por las lomas, resaltaban por el color blanco inmaculado de las fachadas, las cuarterías de los humildes aparceros; así, poco más o menos, podría describirse el

lugar dónde decidió detenerse, agotado por la marcha y el estrago del sol de mediodía. El Rubio se encontraba en uno de los lindes de un condado ancestral, y del que ignoraba el excelso y distinguido abolengo. La fiebre del turismo de masas no había contagiado aún el lugar, y por los alrededores se disfrutaba todavía de la serenidad y del sosiego que escaseaba ya en las grandes urbes. Sin embargo, tuvo que huir de allí para remediar el inconveniente de no avistar siquiera un árbol para refugiarse de los sablazos del imponente astro rey. Vencido por el calor agobiante, decidió bordear por la cercana costa, sorteando los acantilados que, como baluartes imperturbables, custodiaban una pequeña playa de arena rubia. Alertado por el rugido del virulento viento que empezaba a soplar con fuerza, se guareció en una diminuta cueva aledaña al sendero pedregoso por el que caminaba. Acurrucado en el interior de la cueva, que casualmente dominaba la playa, se tranquilizó al caer en la cuenta que, quizá fuese el destino su aliado más propinquo esa tarde, al dirigir sus pasos espontáneamente hacia ese refugio natural.

Playa de las mujeres, era el nombre de la pequeña playa que el Rubio ojeaba esa tarde con el corazón encogido. Y el improvisado albergue, no figura en ninguna guía institucional de ocio, pero puede el lector situarlo en el vasto sur de una isla cualquiera del océano Atlántico. Arrimó el morral y su guitarra en la parte más profunda de la cueva, y admiró la inmensidad del mar perderse más allá del horizonte.

Confuso y despistado, recapacitó tanto sobre su pasado peculiar, y especuló tanto acerca de su dudoso porvenir, que pasará por alto la tediosa tarde, ya que no aconteció nada digno de mencionar.

Al ocaso, y desde el ribazo anexo a la cueva, observó algunos bañistas remojarse y corretear por la playa. Advirtió que tenían la piel cobriza curtida por los rayos de sol, rasgo indeleble de los nativos del lugar, e intuyó que acampaban por las cercanías. Ese hecho le infundía esperanza, ya que estaba decidido a pernoctar en la cueva. El Rubio era un hombre bragado, y, aunque la lista de sus carencias fuese tan larga como interminable, la pereza no figuraba entre sus vicios. Como todo animal poseído por una costumbre, se incorporó instintivamente. Era la hora benigna del día para emprender su acostumbrada brega. La riña con los dos cazurros del barracón retardó la marcha alentadora de su singladura, ahora iba unos cuantos grados a la deriva, y eso le suponía alejarse unas cuantas millas del meollo para su sustento. Así que no podía demorarse, agarró su guitarra y se marchó de allí con ella a cuestas, dejando el morral y la garrafa de agua en la cueva.

Por fortuna, ese atardecer el Rubio alteró sus hábitos, y en vez de dirigirse a los lugares acostumbrados, donde ejercitaba sus malabarismos musicales (pensaría que los autoritarios guardias municipales ya le habían atosigado bastante), se mandó mudar a otro municipio, donde los guardias eran más benévolo con sus trapicheos. Sólo un inconveniente

tenía el susodicho municipio, famoso en el mundo entero por su espléndido y coqueto carnaval, era la inofensiva pero persistente competencia de otro fenómeno en esto del arte errabundo y temporal. De todos modos, el Rubio prefería asumir el desafío antes que arriesgarse contra los desmanes de los esbirros de traje azul, que amenazaban con arrebatarle su preciada guitarra. El Rubio no podía permitirse ese desliz, su vida pendía de las cuerdas de su entrañable compañera.

Cuando esa noche regresó a la cueva, el silencio que reinaba en torno a la playa y sus aledaños, era tan profundo, que escuchó el rumor de las olas romper la eternidad en cantos rodados.

—¡Caramba! Una vela de cera, daría una manada de caballos por una vela que iluminara la pesadumbre que me embarga. No es esta siniestra oscuridad que me acongoja, pues las noches con claro de luna también padezco de nostalgia y melancolía, es más bien esta soledad opaca y tenaz que me inflige tal insania y abandono, que a veces tengo gana de tirarme por estos acantilados, para que la mar me trague y deje de una vez esta existencia de mala muerte.

Antes de echarse a dormir se explayó con Violeta, que le aguantaba carretas y carretones sin oponer alegato alguno. Esta vez, Violeta columbró que el Rubio quería purificar su alma maltrecha, así que fingió comprender pero no le entendió.

Al cabo de cinco horas escasas de sueño inquieto y febril, el intenso frío marino lo despertó. Delirando y anquilosado por la intemperie, pues la cueva era de dimensiones reducidas, se levantó con molestia, y caviló cómo remediar la perspectiva de resistir hasta los albores del nuevo día. Dedujo que una hoguera aliviaría ese suplicio y entraría en calor, así que rebuscó en torno a la cueva cualquier trozo de madera que hiciera el avío. Jamás en su vida había estado tan cerca de palpar la acritud agónica que cualquier desahuciado soporta en la antesala de la muerte, y que sin embargo esa gélida madrugada rozaba exangüe y turbado ante el rigor de los elementos. Imaginar al Rubio en la calígene de la tenebrosa noche, arrastrándose por tierra, rebuscando al tacto cañas, palos, raíces y todo matorral seco sospechoso de arder en una hoguera, es más que patético, es humillante. Estremecido por la crudeza húmeda del ambiente, y con las manos temblorosas, encendió las ramas y los palos menudos que laboriosamente consiguió apañar. Las llamas menguaban y cimbrecaban al son de la brisa marina, y la lumbre era escasa, pero le salvaron la vida. En cuclillas, al lado del rescoldo de la repentina y deleznable fogata, le sorprendió el crepúsculo.

En cuerpo y alma, se dedicó al día siguiente a acopiar toda la yesca y el maderamen a la vista por el vecindario. Hablar de vecindario quizá sea exagerado, pues por la zona sólo residía un hortelano encargado de las compuertas de un pequeño embalse que regulaba el curso de un arroyuelo, y que

a su vez, desembocaba en la Playa de las mujeres. Apenas pudo recrearse por la playa que, durante el día, frecuentaban bañistas nativos, criollos y foráneos. Sólo cuando tuvo la certeza que esa noche no pasaría el tormento de la anterior, ya que estaría alerta a las inclemencias del tiempo, y cauto a la hora de echarse a dormir, pues encendería una hoguera que duraría hasta el amanecer, se puso en marcha hacia la famosa venta. Ansiaba recuperar el ánimo perdido y reconfortarse con el exquisito arte culinario que el cocinero de la venta practicaba, y del cual alardeaba. El Rubio añoraba el calor de un hogar, sí, pero por el momento lo imaginaba como un evento tan remoto, que solo con pensar en ello se asustaba, pero sin llegar a deprimirse.

Pasaron algunos días sin incidentes notables, según me contó un maestro de la capital, que ejercía su modesta profesión con un fervor inusitado en un colegio cercano, y adonde los hijos de los aparceros acudían para empaparse de la sapiencia que confiere las letras, y adentrarse en el enigmático mundo de los números. Por eso, en este punto, quiero recalcar que a partir de ahora, todo lo que acontece en este relato es fidedigno a más no poder, no puedo aventurarme a poner en entredicho, uno de los fundamentos más meritorio de nuestra sociedad.

El Rubio solía acercarse a la cañada posterior, al promontorio donde se ubicaba la cueva, y que era el cauce natural del arroyuelo. Los charcos tenían

la hondura adecuada para que pudiese asearse a sus anchas, y cuando el agua corría por el barranco, se formaban cascadas que el Rubio aprovechaba para ducharse. El sol radiante del sur de la isla, hacía tolerable durante el día su estancia por la playa, pero en invierno las noches eran temibles, y a cielo raso, crueles.

Una noche, al regresar de su gira por los lugares frecuentados por los turistas, caminaba nervioso e indeciso, pues la leña se había acabado, y vacilaba a la hora de hurtar varios palos del cercado del hortelano para prender la salvadora hoguera. No quería enemistarse con su vecino. Pretendía ser solidario hasta las últimas consecuencias con la única persona de los alrededores que le saludaba alzando las manos, cada vez que cruzaba por las parcelas colindantes para atajar el camino que le llevaba al próspero litoral, y donde seguía con su anónimo trajín de baladas, guajiras, rumbas cubanas, y cumbias, tan ingrato a veces, pero adecuado para su supervivencia.

Esa noche pues, al aproximarse a su clandestino refugio, oyó unas voces emanar desde la cueva, y por el tono de los vocablos, adivinó que eran nativos del lugar. El Rubio apoyó su guitarra sobre un muro de piedra fronterizo al arriate por el que andaba, y la soltó. Se acercó a la hendidura que desde el promontorio comunicaba con la entrada a la cueva, y sin hacer ruido, se deslizó hábilmente por ella hasta encararse con la taifa de sorprendidos truhanes que ya hurgaban en su morral. En lo de

truhán, quizá me he excedido, pues eran sólo tres palurdos bonachones, por lo que a continuación acontece. Uno de ellos, tenía en las manos un alfanje con la empuñadura damasquinada, que acababa de sacar del morral del Rubio. Parecía estar deslumbrado, pues no esperaba encontrar semejante puñal entre los avíos de un trotamundos. El alfanje era un recuerdo de otros tiempos, en los que el Rubio, lúcido y cabal, se aventuraba por África en busca de fama y fortuna.

Intuitivamente, y con el poco juicio que el Rubio aún hacía gala, para solventar el embrollo y salvaguardar su integridad, se expresó con las siguientes palabras:

–¡Alto ahí! Si son ustedes Los Tres Mosqueteros, yo soy el señor d’Artagnan, originario del país d’Armagnac. Así que, devuelvanme el alfanje, y déjense de tonterías. Acabo de naufragar con un balandro en una playa contigua, y no tengo el humor para bromas.

Perplejos ante la insensatez del Rubio, los tres compadres mascullaron entre ellos algunas palabras, dando a entender que le tomaban por un chiflado, y como enfrentarse a un perturbado es más peligroso de lo que se puede prever, le restituyeron el valioso alfanje. A su vez, uno de ellos le preguntó tímidamente:

—¿Cómo es que su señoría, si me permite hablarle en estos términos, ha naufragado por este paraje solitario, sin lacayo ni servidumbre?

Y antes que el Rubio pudiese contestar, para paliar el pitorreo, añadió:

—Pues tengo entendido, que los de su especie andan siempre con un carrusel de criados, y un elenco de filigranas tan abismal, que para hospedarse precisan por lo menos, dos plantas de un lujoso hotel de cinco estrellas.

El Rubio apandó su estimado alfanje, y lo introdujo de nuevo en el morral. Consideró que el rumbo de los acontecimientos seguía una derrota adecuada, como el río por su cauce, y les respondió:

—¿Les parecen a ustedes que son pocas las estrellas de este albergue?, pues anoche conté un sin fin, y esta noche siguen estando en el mismo sitio, eso prueba que esta cueva es equiparable al palacio más suntuoso y colosal que exista sobre la faz de la tierra.

Los tres intrusos sonrieron ante la respuesta del Rubio, y entre ellos, el más chocarrero, volvió a ironizar:

—Tal vez este tugurio no carezca de pompa, pero es más rupestre que la casa de campo del Marqués de Chapusierra, terrateniente, dueño y señor de estos lares.

—¡Por supuesto! Siendo esta cueva prehistórica, no tiene motivo para envidiar la residencia de ningún príncipe, por muy ilustre que sea.

Le replicó el Rubio. Y, percibiendo que la tensión menguaba, les invitó a acomodarse al amparo de la covacha, pues él daba síntomas de estar agotado, y el hecho de permanecer de pie podía provocarle un vahído traicionero que de pronto lo derribase. Tenía plena conciencia de su aguante, y no quería que el esperpento se esparciera más de la cuenta, dando con su flacucho esqueleto de bruces por los suelos.

Los cuatros siguieron enfrascados en una charla fraternal, en la que el Rubio les contó cómo se había encarrilado por esos andurriales. Supo también, que los tres compadres estaban acampados al otro lado de la playa, y que habían sentido curiosidad por conocer al eremita que pernoctaba en la cueva. Les rogó que le prestaran una manta, pues llevaba pasando unas noches severas, y si seguía durmiendo a la intemperie, se temía lo peor. Mientras seguía la tertulia con los otros dos, uno de ellos, el más atento, no tardó en acercarse al campamento para traerle la manta solicitada. No les dijo que vivía de la limosna de los turistas, pues no venía a cuento. Antes de despedirse, uno de ellos insistió en que al día siguiente desayunara con ellos para seguir con la amena charla. Sólo una duda quedaba por esclarecer, así que, el más intrépido le preguntó:

—¡Rubio! ¿Es verdad que has naufragado con un velero?

El Rubio se crispó, y antes de responder a su interlocutor y amigo, reflexionó. No deseaba que le tomaran por un pedante de mal agüero, ni que sus palabras se convirtieran en una perorata vanilocuca. No sabía a ciencia cierta, si lo que había vislumbreado en la oscuridad de esa misma noche, desde lo alto de la montaña de arena, cuando retornaba al garito, era un barco varado o una alucinación. Pero sí sabía que por la tarde, cuando salió a buscar la vida por los caminos de Dios, a lo lejos, divisó un velero sin rumbo fijo, dando bandazos, y por la corriente de la marea presumió que encallaría en la playa donde aparentemente atisbó el contorno del casco de una nave y dos mástiles escorados. De todos modos, se atrevió a contestar:

—Que los rayos del cielo infinito, o del universo, me fulminen ahora mismo, si lo que os he contado es falso; y que truenen relámpagos de deshonra sobre mi cabeza de paladín botarate, si intento burlar la confianza que depositáis en mí. No soy ningún trápala de bajura, soy un navegante de altura. He recorrido más de mil y una millas por todos los mares del Sur, desde Cabo Verde hasta el faro de Maspalomas, y desde la isla de Lobos a Cabo Jubi, sorteando ventiscas de aúpa y mares gruesas descomunales. No hay grados de longitud ni latitud que puedan acobardarme, y no flaqueo fácilmente ante las borrascas. Pueden estar seguros que mañana, a marea

vacía, iremos juntos al lugar que estime, para que podáis comprobar por vosotros mismos, que mi plática es tan manifiesta como la luna menguante que ilumina esta fasta noche.

El mamarracho del Rubio parecía estar sumergido en el vórtice de un ciclón tropical cuando pronunció su extravagante discurso. Y con él, quiso exhortar a sus absortos compañeros, que le escuchaban expectantes y boquiabiertos, que necesitaba tenderse, pues con tantas emociones en un mismo día, estaba exhausto. Los tres bienaventurados campistas observaron cómo el Rubio se cubría con la manta, y agradeciendo estar bien arropado, se echaba a dormir.

–Buenas noches, y hasta mañana. –Le desearon los tres mientras se incorporaban, y, unidos por la incertidumbre del descubrimiento que el Rubio les había revelado, se marcharon hacia su campamento, que distaba de allí muy pocas leguas.

A la mañana siguiente, creo recordar que era el primer jueves del mes de febrero, los tres campistas se apresuraron en reunirse con el Rubio para averiguar si la confidencia de la noche anterior era cierta. Andaban inquietos y al mismo tiempo esperanzados, pues por lo visto, sus recursos también dejaban mucho que desear. Despierto y alerta estaba el Rubio, aguardando que llegaran. Después de los saludos de rigor, se encaminaron hacia el lugar donde el Rubio presumiblemente había visto la embarcación. Al cabo de un buen trecho circundando

los gigantes acantilados, avistaron la playa referida por el Rubio la noche anterior. Encallado hasta la línea de flotación, y sobre un médano que sobresalía al retirarse la marea, destacaba un majestuoso velero. La playa, cuyo acceso era enmarañado, estaba desierta, y los cuatro trastornados expedicionarios se miraban de reojo y atónitos, dudando de la veracidad del panorama. El Rubio fue el primero en despabilar del embobamiento, y para romper el hechizo en el que parecían estar sumisos, les recordó que iban a partes iguales en el saqueo del navío. Y, como el famoso Barba roja, les dijo en estos términos:

—Aunque seamos piratas de tres al cuarto, pienso desbaratar este buque fantasma hasta dejar la quilla pelada y mondada. ¡Al abordaje!

Y se precipitó por la loma hacia la playa, como un corsario de agua dulce, desestimando el enorme peligro que corría, debido a lo abrupto del terreno y a la avalancha de piedras que sus pisadas podían acarrear. Si les cuento, después del primer tropiezo, cuantas volteretas dio el Rubio hasta llegar a la orilla de la playa, pueden estar seguros de sumar más de trece. Y sin embargo se levantó indemne, sin ninguna lesión grave aparente, sólo con los rasguños de rigor y haciendo señas a los demás que le imitaran. Los tres amigos, cómo no, rechazaron drásticamente simular la conducta de nuestro héroe. Tardos en el propósito, dieron un rodeo tan desacertado, que cuando llegaron a la orilla de la

playa, la plena mar azotaba el velero con tal ponzoña, que no osaron estrenarse en el siempre aclamado arte de la piratería.

El Rubio no daba señal de vida, y los tres palurdos temieron lo peor. De repente, desde la orilla, lo vieron emerger de las entrañas de la nave. Apareció en la cubierta luciendo un chaleco salva vida que había sustraído del velero, y, dirigiéndose a sus remisos compañeros de abordaje con gritos escandalosos y silbidos, les animaba a acercarse. El Rubio, viendo que los demás no se inmutaban, se tiró al agua por la borda entre el fuerte oleaje, y nadó obstinadamente hasta alcanzar la orilla. Tiraba con brío de un bulto sospechoso. Empapado hasta la médula, y satisfecho por el botín usurpado, su regocijo era inconmensurable. La ternura de su sonrisa encubría la hilaridad de un orate. Si no fuera porque los tres compañeros ya le habían tomado el pulso a sus dislates, pensarían que estaba loco de remate. El Rubio estaba deseoso de enseñarles el despojo. Era un enorme costal de lona blanca, que en calidad de funda, resguardaba un juego de velas intactas, un génova (foque grande) y la vela mayor del velero. El esfuerzo era admisible mientras que el costal flotaba, pero al frenarse en la arena, apenas podía deslizarlo, así que le ayudaron. El Rubio abrió la saca, y de entre las velas plegadas en su interior, descubrió un compás marino que había extraído del cuarto de bitácora del velero. Lo sacó del costal y les dijo:

—Con esta brújula que aquí veis entre mis manos, dejaré de navegar a ciegas entre la caridad de los turistas por un largo tiempo. La rosa de los vientos me sonríe otra vez, y se acabaron para mí los donativos. Descansaré de las seguidillas, de los preludios en Mi bemol menor, y de las polkas o mazurkas en Re mayor sostenido. Tocaré la guitarra cuando y donde me plazca, y el repertorio que quiera. Al garette con los quisquillosos entrometidos, y sus peticiones raras y extravagantes. Sólo atenderé a los que me soliciten algún romance anónimo, y de tarde en tarde, para no descuidar mi habilidad en el manejo de la guitarra, ni olvidar el tacto de sus cuerdas. Me adiestraré en el arte de la pesca, tomaré baños de sol y pasearé mi derrengado esqueleto como todo hijo de buena sangre; en suma, me recrearé por este paraje, que a partir de este inolvidable momento merece ser alabado como a un oasis en el desierto.

El Rubio se desahogaba con una devoción encomiable, mientras que, entre los tres amigos, cargaban la saca de lona con las velas en su interior y se retiraban de la playa hacia el campamento, pues seguir con el pillaje cuando la marea estaba llena, era de hecho temerario.

Los días que siguieron al feliz acontecimiento, fueron prósperos para la banda de bribones. Se agenciaron un calendario lunar para seguir el vaivén de las mareas, y cotidianamente desmontaban la embarcación trozo a trozo. De un camarote de estribor

del velero, el Rubio arrambló con el portillo de bronce, las tuercas de mariposa, y las literas para amueblar la cueva. Con todo el aparejo que guindó, la convirtió en la guarida de un pirata; y a él sólo le faltaba una herida de metralla en el carrillo, o una cacatúa de las indias en el hombro para aparentar ser un implacable corsario del mar Caribe.

Menos mal que la noticia del velero varado no se propagó a los cuatro vientos, se mantenía en secreto para atender puntualmente al chatarrero de la comarca, que incansablemente les pedía la botavara de aluminio aleado del palo de mesana. A un pescador de otra playa más al Este, le trocaron la máquina de levar ancla para recuperar las nasas que tenía fondeadas en los caladeros repartidos por la costa, y todo a cambio de que surtiera diariamente el campamento con pescado fresco. La comprometida accesibilidad a la playa donde se ubicaba el velero, y el inhóspito paraje, favorecía la divulgación por todo el litoral, de la buena fama y el obligado respeto a los cuatro piratas de Aguadulce. Tantos eran los cambalaches y los encargos, que muchachas de toda la comarca competían, y a veces hasta reñían, para desempeñar la plaza vacante de secretaria en la administración del negocio. Los muy pícaros trabajaban duro, largo y tendido, aunque pueda parecer una paradoja, y por ende, sus exiguas haciendas medraban como las zancadas de Goliat.

Tal era la fama de los bienaventurados protagonistas, que todos los lunes arribaban a la Playa de las mujeres excursiones de turistas escandinavas añorando las gestas de los vikingos, las profecías de Odín, las mutaciones de Thor, y los milagros de Olaf el Santo. Sacaban fotos a diestro y siniestro, y exigían al Rubio que les contara sus proezas de ermitaño en apuros; él las invitaba a beber en el cuerno sagrado, una exquisita sangría que colmaba los anhelos más ocultos de las muchachas. Estimuladas por una sugerente felicidad, se engarzaban con el Rubio en interminables tertulias, donde evocaban las sagas de Snorri Sturluson, la poesía de los escaldos, la cantilena épica (kvitha), la canción de alabanza (drapa), el poema dialogado (mal), el cantar en métrica elegíaca (liod) y demás escenas mitológicas de un tiempo extraviado en el laberinto de la historia. Embebido hasta la coronilla del hablar de las mozas, el Rubio terminó también por llamar: Al viento, hermano del fuego; al corazón, dura bellota del pensamiento; al mar, camino de las velas; a las lágrimas, rocío de las penas; al fuego, ruina de los árboles; a la nave, madero del vikingo; y tantas más parábolas asimétricas, que el maestro de escuela no me contó por descuido, o porque eran erróneas.

Claro que, durante la laboriosa tarea de desgace del madero del vikingo, ¡Caramba!, Ustedes me perdonen, quiero decir: el velero encallado, una contrariedad casi les arruina el negocio que les era tan fructífero. El maestro de escuela que,

casualmente un día, pasaba por lo alto de la duna, se percató del incidente y me lo refirió. Resulta que, acababan de asaltar la embarcación, y se secaban al sol antes de mudarse la vestimenta para regresar a la Playa de las mujeres, cuando una pareja de carabineros autoritarios les sorprendió. Pero lo desvalijado ya estaba bien escondido, y apartado del lugar del delito, así que, no se sentían intimidados por la inoportuna presencia de los dos guardias de fronteras. Uno de los guardias requirió la documentación del Rubio, y este libremente se la entregó. No conforme con eso, y viendo que el Rubio actuaba de buena fe, quiso abusar de la situación ya que presumía extraña la honestidad del Rubio, y es que, para conjeturas se bastaban ellos solos, así que insistió preguntándole:

—¿Qué hace usted tan temprano rondando por aquí?

El Rubio, no se amilanó, al contrario, se envalentó de tal forma que le respondió:

—Soy libre como la casa de los vientos o las flechas del mar, para andar bajo el yelmo del aire, y, con el peñasco de los hombros siempre erguido, lucho desenvuelto entre una lluvia de escudos rojos para que mi dura bellota del pensamiento se apiade de los pobres de espíritu. Blindado con la luna de los piratas, y enarbolando mi vara de la ira como un teñidor de espadas, desafío el lecho de las serpientes, y si el dragón o el gallo de los muertos se cruza en mi camino, lo traslado de un trancazo a la asamblea de los sueños.

Las carcajadas de los tres cómplices del Rubio, al oír sus disparates, eran tan exageradas, que los robustos carabineros, con el pundonor apocado, enrojecieron de vergüenza. Hacer el ridículo como payasos o ser objetos irrisorios no formaba parte de sus planes esa mañana, pues andaban a la busca y captura de criminales de envergadura. Así que, apuntaron los datos personales del Rubio en un cuaderno de notas, seguramente para averiguar si faltaba algún lunático en el censo de los manicomios de la isla, y le devolvieron su pasaporte. Antes de dar media vuelta, le dijeron:

—No te queremos ver más por aquí.

El Rubio recogió su documento, y a guisa de despedida les dijo:

—¡A sus órdenes! Sí señores, beberé el rocío de las penas del semblante de alguna princesa nórdica, cuyas esmeraldas de la cara sean como luceros, y para unir mi vida a la suya, sellaré un pacto de sangre en honor a Thor, que es el aniquilador de la estirpe de los gigantes.

Este suceso pasajero, entre divertido y patético, no amedrentó a nuestros corsarios de fortuna, pues el ciclo de las mareas es tan versátil que les permitía trabajar de noche y a horas desarregladas. Si todos los inconvenientes fueran como el que acabo de relatar, el pillaje de la embarcación hubiese sido un lecho de rosas. Evitaré de narrar las peripecias acontecidas durante muchas noches angustiosas, y tantas madrugadas amargas en el

velero, y volveré a las hazañas de los lunes en la Playa de las mujeres, que eran mucho más gratas.

Los lunes en la Playa de las mujeres eran como los Domingos de Ramos, pero a lo bestia. Sin embargo, el cura de la comarca nunca asomó su rústica silueta por allí, oiría algunas falsas murmuraciones acerca de lo que se cocía en la playa. No podía faltar el hortelano, que acostumbraba contribuir con verduras y frutas de su succulenta cosecha. Era considerado el verdadero anfitrión de los guateques. Las princesas nórdicas eran las más asiduas. Fieles a su temperamento afable, y con una lozanía avasalladora como huríes de piel tersa, se prestaban a todo tipo de juegos, sanos y frusleros. Atraídos por el singular ambiente de los lunes, una muchedumbre ingente que provenía de una villa lejana, acampaba diseminada por los alrededores a la playa. Para acceder a la Playa de las mujeres, se formaba una caravana de carros tan fragorosa, que la llamaron la legendaria, y su longitud era tal, que alcanzaba el cruce del camping de Pasito Blanco, que se encontraba dos millas más arriba. También acudían, como no, vendedores de chucherías para los niños, y hechiceros de prestigio para espantar a los malos espíritus. Era tanta la gente, que algunos políticos notables montaban consultorios y despachos improvisados, para curar desengaños múltiples. Otros, despreocupados y más disolutos, simulaban ofrendas al santo patrono de los mestizos harapientos, falseaban los sondeos de opinión que realizaban a la plebe variopinta que frecuentaba la

playa, acerca del futuro turístico de la isla, y contabilizaban milagrosos recuentos de votos.

Dentro de sus posibilidades, El Rubio y sus colegas ayudaban a armar los distinguidos bochinches o chiringuitos, y preparaban las cubas de sangría pertinentes para anegar a todos los invitados. El Rubio ya apenas salía a tocar la guitarra por ahí. Los patrocinadores del guateque contrataron un septeto de Oriente (Cuba) para amenizar el almuerzo a ritmo de danzón, sones cubanos y chachachás. Cuando alguien solicitaba al Rubio que tocara alguna pieza de su repertorio, él contestaba sonriendo:

—Lo siento, ahora sólo toco nocturnos para una moza escandinava, cuando las lunas de su frente arroban la manzana de mi pecho. No hay suficiente bronce de las discordias en este mundo para que cambie mi proceder, sólo cuando un carámbano me atraviesa la base del alma, entonces canto un poema a mi amada.

La tristeza no tiene fin, y la felicidad sí, cantaba el poeta camarada Vinicius de Moraes. ¡Aleluya! El Rubio había resucitado. Hacía mucho tiempo que no se sentía estimado y querido. No es que nadara en la abundancia, pero el paria que fue se había reformado. Aunque pueda parecer parco referirlo luego, tener amigos en aquel tiempo, y por aquellos campos de Dios, era la dicha menos esperada, pero a su vez la más apetecible.

Una vez, y para acuciarle, una entrometida picapleitos le insinuó que, una doncella nórdica que hacía las delicias del Rubio y con la que repasaba pasajes románticos del libro de los amantes en la Edda Mayor, había regresado a su país de origen, triste y llorando porque el Rubio no se había despedido de ella adecuadamente. Ni corto ni perezoso le respondió:

–Se llama Sibila, lleva en el dedo índice de su mano izquierda uno de los anillos de Odín que caían de la pira de Balder en sus exequias, y por las entrañas de esa profetisa, corre la sangre de un linaje que abarca, el pasado, el presente y el futuro de un pueblo vernáculo; así que, no tendrá inconvenientes en escribirme cartas de amor apasionado.

La maliciosa picapleitos le replicó:

–Sí pero, ¿A qué dirección mandará las cartas?

Exasperado, el Rubio le dijo:

–Pues adónde si no; aquí, a la Playa de las mujeres sin número, donde tan cerca plantó el paraíso su semilla, que solo con alzar la mano podemos acariciar la suave brisa del mar. Donde el cálido resplandor del sol temprano invita a las almas decadentes a tornarse magnánimas. Donde las gaviotas cuidan del prado que originó la vida, y la pujanza del mar revierte el constante murmullo de las olas.

Esta invocación a la madre naturaleza era el preámbulo de su irreversible mejoría. Así fue como el

Rubio salió del pozo de las calamidades, gracias a la amistad de todos los que han hecho realidad este dicharachero cuento, baladí dirán algunos, otros regular, y yo, que desde el inicio, tengo el juicio crítico escacharrado, ya me dirán Ustedes.

Al cabo de unos meses, residiendo aún en la playa, y con la solicitud expresa al padrón municipal, para beneficiarse de un certificado de convivencia formal, el Rubio encontró trabajo como ayudante de jefe de obra en una empresa constructora de ámbito regional. Aparecía por la playa todos los fines de semana, con un decrepito Volkswagen escarabajo, a saludar a sus incondicionales compañeros. Todos juntos, desenfadados y alegres, como guerrilleros en tiempo de paz, agolpados en el interior del carro, salían a tomar unas copas por el pueblo más cercano. Se diría que, nadaban en un meandro oculto de la turbamulta insidiosa que circulaba por el sur de la isla, y que especulaba sin cesar con terrenos baldíos, fincas, predios, y leyes urbanísticas inconsecuentes, que no eran más que parches intratables. Aliviados de asechanzas y de miserias mundanas, se recreaban como mejor sabían, inmersos en la serenidad que reinaba en la playa, y persuadidos de su obrar juicioso.

El maestro de escuela no me contó el tiempo que el Rubio tardó en despedirse de la empresa constructora. Por lo visto, alguien cometió la garrafal torpeza de introducir sutilmente en el cajón de su escritorio un fajo de billetes, para poner a prueba su

honradez. Y eso, el Rubio no podía tolerarlo. Así que, dejó al patrón de la empresa constructora colgado con sus replanteos, mediciones y planos, para mejor ocasión, y se marchó endeudado, pero avisado de las tretas y de la mala voluntad de cierto energúmeno. Harto de tantas vicisitudes, quiso olvidar el incidente, arrancando de raíz sus penas, en una romería de un suburbio del sur de la isla. Esa misma noche se engrescó en una camorra por culpa de un muñidor soplón de mal agüero. Huyendo de los agentes del orden en una persecución absurda, al girar bruscamente en una curva inesperada, tuvo con el Wolfswagen escarabajo un desgraciado accidente. Las cubiertas lisas de las ruedas traseras y motrices le gastaron una broma nefasta, el vehículo hizo varios trompos antes de empotrarse en un talud. Por fortuna, no transitaba por allí nadie más. Así que, se mató sin causar daño a ningún inocente. Ocurrió cerca del camping de Pasito Blanco, y como casi todo el personal del camping, alguna vez y de algún modo, había alternado con él, alguien reconoció a primera vista el vehículo destrozado y arrinconado en el arcén. La mala nueva llegó a la Playa de las mujeres en un santiamén.

El trágico suceso no trascendió a las altas esferas de la sociedad de su tiempo, y mucho menos a las del poder, ni siquiera una somera esquelera en las revistas de los arrabales colindantes; sólo sus leales compañeros de la Playa de las mujeres, pálidos y contrariados, cargaron con el cuerpo del Rubio ya

cadáver. Lo trasladaron a la orilla de la playa, y durante un día entero, elaboraron una balsa con los cayados de todos los pastores del sur de la isla, que acudieron para presenciar la ceremonia. Tendieron su cuerpo frío, rígido e inerte como el alabastro, sobre la balsa rudimentaria. Prendieron fuego a la barcaza como si fuese una pira funeraria, y en ese preciso instante, Odín, desde el punto más álgido, entre cumbres borrascosas, hizo soplar una leve brisa que la movió inexorablemente mar adentro. Todo ocurrió como en los conjuros (galdr), cuando los dioses vikingos, desde el templo de los lobos, demostraron el imperio de su mágico e irresistible artificio, para fascinar a la estrella de la mañana, que señala la puerta del cielo, refugio de pecadores.

Abril de 2001